Laura Bellini



Sin instrucciones *para volver*

Para seguir juntos, tendrán que dejar de hacer planes el uno por el otro

Sin instrucciones para volver

Para seguir juntos, tendrán que dejar de hacer planes el uno por el otro

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384900871

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Condiciones que no estaban en el plan 12
Capítulo 2 - La distancia entre dos sillas..... 23
Capítulo 3 - Lo que no se ve en los planos 34
Capítulo 4 - Lugares a los que regresar..... 45
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 59
Capítulo 6 - Antes de que se apaguen las luces 70
Capítulo 7 - Al otro lado del beso 81
Capítulo 8 - La luz en las ventanas ajenas 93
Capítulo 9 - El riesgo escrito en letra pequeña 105
Capítulo 10 - Sin planes para mañana 115
Capítulo 11 - Lo que no dijimos aquella mañana 126
Capítulo 12 - El precio de las cosas que no se dicen 137
Capítulo 13 - No todo se puede salvar 149
Capítulo 14 - La verdad que no cabe en un calendario 161
Capítulo 15 - Todo lo que no dije.....172
Capítulo 16 - El silencio entre nosotros 182
Capítulo 17 - Las cosas que permanecen.....192
Capítulo 18 - Dos espacios en el calendario..... 202
Capítulo 19 - Un lugar para dos futuros.....212
Capítulo 20 - Sin instrucciones para volver 223

INTRO

Lo primero que hice al entrar en el viejo almacén fue colocar una tira de cinta de carrocero azul sobre el suelo. Lo segundo fue desplazarla diecisiete centímetros, porque la luz entraba de una manera distinta a la que había previsto.

Eran las ocho de la mañana. Al otro lado de las ventanas del almacén de Łódź caía una lluvia persistente de noviembre, y yo disponía de exactamente cuarenta y ocho horas para convencer a seis artesanos de que crear un taller compartido no era la peor idea de sus vidas profesionales.

En la pantalla de la tableta, todo tenía un aspecto magnífico. Seis puestos de trabajo, una zona de taller abierta, una pequeña galería junto a la entrada y una mesa común donde se pudiera conversar, discutir sobre proyectos o simplemente tomar un café. Incluso había elegido el tono de las paredes. Un blanco cálido con un matiz grisáceo, de esos que no restan personalidad a los ladrillos antiguos.

En realidad, el almacén olía a madera húmeda, polvo y algo metálico que no conseguía identificar. Uno de los altos cristales estaba agrietado, el radiador de la pared norte no funcionaba y del techo colgaba un cable rematado por una regleta de conexión eléctrica.

Aun así, sentía aquella emoción tan familiar.

Me encantaban los lugares que los demás daban por perdidos. Las naves vacías, los escaparates olvidados, los locales de tiendas cuyos letreros habían desaparecido hacía años. Como diseñadora de exposiciones, había aprendido a ver un futuro allí donde la mayoría de la gente solo veía gastos de reforma.

Esta vez, además, aquel futuro iba a ser mío.

Después de años trabajando por encargo para galerías e instituciones ajenas, quería crear un lugar al que regresar no porque hubiera firmado otro contrato, sino porque yo misma había elegido aquella dirección.

Extendí el plano sobre una mesa improvisada y sujeté las cuatro esquinas con trozos de ladrillo. Estaba marcando el espacio destinado a la exposición de cerámica cuando escuché una voz masculina a mi espalda.

—Si coloca ahí una estantería, dentro de seis meses tendrá que quitarla junto con el yeso de la pared.

No me volví enseguida.

—Buenos días a usted también.

—Buenos días. Esa pared tiene humedad.

Levanté la mirada del plano. En la puerta había un hombre con una chaqueta de trabajo oscura, una caja de herramientas de madera en una mano y un vaso de café de cartón en la otra. Tenía el pelo corto y ligeramente despeinado, barba de varios días y el rostro de alguien que no pensaba disculparse por expresar opiniones que nadie le había pedido.

—Lo sé —respondí—. Por eso la estantería estará separada de la pared.

—¿Cuánto?

—Doce centímetros.

Me observó con más atención.

—Necesitamos al menos veinte hasta que averigüemos de dónde viene la humedad.

—¿Es usted inspector de obras?

—Carpintero.

—En ese caso, me alegra muchísimo que ya contemos con una primera opinión desde el punto de vista de la carpintería.

Una comisura de sus labios se movió. No lo suficiente para llamarlo sonrisa, pero sí para hacerme sospechar que había entendido perfectamente mi tono.

Dejó la caja de herramientas en el suelo.

—Jan Brzozowski. Voy a instalar aquí mi puesto de carpintería. Y, por lo visto, también ayudaré con el acondicionamiento de los demás.

—Kamila Żur. Yo diseño todo el espacio.

—Ya me he dado cuenta.

Miró la cinta extendida entre las columnas, después la tableta y las muestras de materiales cuidadosamente dispuestas.

—También veo que todo tiene ya su sitio.

—Esa es precisamente la finalidad de un proyecto.

—A veces conviene preguntarle primero al lugar qué está dispuesto a permitir.

No me gustaban las personas que confundían la experiencia con el derecho a decidir por los demás. Y todavía me gustaban menos aquellas capaces de cuestionar varias horas de mi trabajo con una sola frase.

Sin embargo, en lugar de ignorarlo, pregunté:

—Entonces, según usted, ¿qué quiere este almacén?

Jan dejó el vaso de café y caminó hacia el enorme ventanal. Se agachó junto a una vieja viga de madera, tocó

su superficie y después observó la luz que entraba a través del cristal sucio.

—Que no lo tratemos como si fuera una caja vacía.

La respuesta era irritantemente buena.

Reconocí aquella manera de observar. No intentaba impresionarme con sus conocimientos técnicos ni ganar la discusión. Hablaba de la madera como yo pensaba en los espacios: como algo que tenía su propia historia, sus limitaciones y sus posibilidades.

Durante unos instantes lo observé deslizar la mano por la viga y detener los dedos en una antigua unión. Tenía las manos anchas, marcadas por pequeñas huellas del trabajo cotidiano, pero realizaba aquel gesto con una delicadeza sorprendente.

—La viga se queda —dije.

—Bien.

—He diseñado la iluminación alrededor de ella.

—Mucho mejor.

—Y la estantería estará separada veinte centímetros de la pared, siempre que confirmemos de dónde procede la humedad.

Esta vez sonrió de verdad.

—Así que sabe cambiar de opinión.

—No se acostumbre.

Soltó una risa discreta y yo experimenté una satisfacción inesperada. No porque hubiera conseguido su aprobación. Más bien porque, por primera vez en muchas semanas, alguien trataba mi proyecto como el comienzo de una

conversación y no como un producto terminado que había que aceptar sin pensar.

El teléfono vibró en mi bolsillo.

Miré la pantalla y me arrepentí al instante.

Era un mensaje de Magda Rosińska, una productora de exposiciones con la que había trabajado varios años atrás.

Kamila, vuelve a surgir lo de Copenhague. Esta vez tenemos presupuesto de verdad. Necesito tu respuesta antes del viernes. Tres meses, con posibilidad de ampliación. Te llamaré esta noche.

Leí el mensaje dos veces.

Copenhague.

No era la primera vez que alguien me proponía marcharme. Tampoco era la primera vez que me imaginaba en una ciudad extranjera, trabajando con un gran equipo internacional y participando en una exposición que podría añadir a mi portafolio sin la menor vacilación.

Solo que, esta vez, estaba de pie en un almacén que iba a convertirse en mi primer proyecto verdaderamente propio.

Guardé el teléfono antes de que Jan pudiera ver la pantalla.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—No. Asuntos de trabajo.

—Eso suele significar que sí pasa algo.

—O que alguien tiene más de un proyecto entre manos.

—Eso sí que lo entiendo.

No insistió. Aquella pequeña muestra de discreción me sorprendió más que su franqueza anterior. Estaba acostumbrada a personas que convertían la curiosidad en un

supuesto derecho a saberlo todo y el interés en una excusa para seguir haciendo preguntas.

Jan simplemente volvió a examinar la viga.

Durante los siguientes quince minutos aproximadamente, comprobamos las medidas. Él medía y yo introducía las correcciones. No estábamos de acuerdo sobre la distribución de dos puestos de trabajo, la anchura del pasillo ni la ubicación de las máquinas más pesadas. Nunca intentó imponerse levantando la voz. Cada vez exponía una razón concreta y, cuando mi argumento resultaba mejor, lo aceptaba sin orgullo herido.

Aquello me atraía más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Junto a la pared oeste tuvimos que mover un enorme tablero de madera. Agarré uno de los extremos antes de que pudiera ofrecerme ayuda.

—Pesa bastante —me advirtió.

—Ya me he dado cuenta.

—No estaba insinuando que no pudiera hacerlo.

—Y yo no estaba insinuando que necesitara que me rescataran.

Me miró por encima del borde del tablero.

—Perfecto, entonces. Podemos limitarnos a llevarlo entre los dos.

Cuando apoyamos la madera contra la pared, quedamos más cerca el uno del otro de lo que exigía la situación. Percibí el olor de su chaqueta, del café recién hecho y de la madera. No se apartó bruscamente ni aprovechó la proximidad para hacer algún gesto cargado de segundas intenciones.

Me observó con tranquilidad, como si esperara a que yo decidiera si quería poner fin a aquel breve instante.

Fui la primera en apartarme.

—Todavía tengo que revisar la zona trasera —dije.

—Allí hace más frío que aquí.

—No resulta muy alentador.

—Puedo enseñarle por dónde entra el agua del tejado.

—¿Siempre es tan eficaz a la hora de arruinarle el ánimo a la gente?

—Solo cuando me importa que construyan bien las cosas.

Se dirigió hacia la parte trasera, dejándome la opción de seguirlo. Durante unos segundos observé su espalda, su paso seguro y la manera en que esquivaba las irregularidades del suelo, como si las conociera desde hacía años.

Después volví a mirar el teléfono.

El mensaje de Copenhague seguía esperando una respuesta.

Podía quedarme en Łódź y construir algo duradero. Podía marcharme antes de que nada tuviera tiempo de retenerme. Ambas posibilidades me pertenecían y precisamente por eso ninguna era sencilla.

—¿Kamila? —me llamó Jan desde el fondo del almacén—. ¿Viene?

Era la primera vez que pronunciaba mi nombre sin aquella distancia formal. Sonó natural, como si no necesitara pedir permiso para cambiar el tono y, al mismo tiempo, sin dar por hecho que aquello le concedía ningún otro derecho.

—Ya voy.

Guardé el teléfono y fui tras él.

Sin embargo, me detuve un momento en el pasillo. Jan estaba unos pasos más adelante, bajo la única lámpara que funcionaba. Cuando volvió la cabeza, nuestras miradas se encontraron en la penumbra.

Entonces pensé que lo peligroso no tenía por qué ser una gran promesa ni alguien empeñado en cambiarnos la vida.

A veces bastaba con alguien que, sencillamente, dejaba un espacio libre a su lado.

Y yo, de pie con el plano de todo el taller entre las manos, era incapaz de responderme a una sola pregunta: ¿sería capaz algún día de hacerle un hueco en mi propia vida sin renunciar por ello a mí misma?

Capítulo 1 - Condiciones que no estaban en el plan

A la mañana siguiente llegué al almacén con tres versiones impresas del proyecto, café en un termo y la firme decisión de no permitir que Jan Brzozowski me sacara de quicio.

A las nueve y media tenía que presentar la propuesta a todos los futuros usuarios del taller compartido. El día anterior había modificado la distribución de los puestos de trabajo teniendo en cuenta varias de sus observaciones, pero no pensaba entregarle las riendas del proyecto solo porque supiera hablar de madera de una manera convincente.

A primera vista, el almacén parecía exactamente igual que el día anterior. No fue hasta que me acerqué a la mesa cuando descubrí que alguien había colocado a su alrededor seis sillas diferentes. Una era de madera clara, dos eran metálicas y las demás probablemente se remontaban a los tiempos en que el edificio se utilizaba para almacenar tejidos. Sobre cada una había una hoja con el nombre de su futuro ocupante.

En mi sitio había una taza con una inscripción: «La diseñadora siempre tiene razón».

—¿Es una provocación? —pregunté cuando Jan apareció detrás de una estantería.

—Más bien un intento de mejorar el ambiente antes de la reunión.

Llevaba un jersey oscuro con las mangas remangadas hasta los codos. Parecía menos severo que el día anterior,

aunque la manera en que miró mis documentos impresos anunciaba otra discusión.

—¿Cómo sabías dónde iba a sentarme?

—Elegí el sitio desde el que mejor se ve a todo el mundo. Supuse que tú también lo elegirías.

—¿Y si quisiera sentarme en otro lugar?

—Pues cambias la hoja de sitio.

Levanté la taza y descubrí que estaba vacía.

—Al menos no has elegido el café por mí.

—Todavía no conozco tus preferencias.

La palabra «todavía» quedó suspendida entre nosotros con una claridad sorprendente. Dejé la taza sobre la mesa, fingiendo interés por los documentos. Jan no hizo nada para aprovechar mi momentánea incomodidad.

La primera en llegar fue Zofia, una ceramista de más de cincuenta años que llevaba mucho tiempo dirigiendo un pequeño taller en Bałuty. Detrás de ella aparecieron Natalia, dedicada al arte textil; Michał, encuadernador; Lena, joyera, y Paweł, restaurador de lámparas antiguas. Jan era el sexto artesano. Todos tenían necesidades diferentes y la misma convicción inquebrantable de que precisamente su trabajo requería las mejores condiciones.

Presenté el proyecto en una pantalla instalada junto a la entrada. Hablé de la galería compartida, de los talleres abiertos a los vecinos y de un espacio que debía combinar la producción artesanal con la exposición de los objetos terminados. Al principio, la conversación transcurrió según lo previsto. Natalia quedó encantada con la luz de la ventana sur, Michał preguntó por los armarios con cerradura y Lena

quiso saber si podría recibir a sus clientes sin tener que hacerlos atravesar la zona de trabajo.

Había previsto todas aquellas preguntas.

Lo que no había previsto era lo que Jan diría cuando llegáramos al calendario.

—No puedo aceptar la fecha de inauguración hasta que determinemos quién se encargará de preparar las instalaciones y de realizar las inspecciones técnicas de los puestos de trabajo.

En la pantalla aparecía la fecha de apertura prevista: el veintitrés de enero.

—El calendario incluye un margen de seguridad —respondí.

—Diez días.

—Doce, si el proveedor de los elementos de acondicionamiento cumple los plazos.

—¿Y si no los cumple?

—Entonces haremos los ajustes necesarios.

Jan apoyó las manos sobre la mesa.

—Precisamente por eso necesitamos establecer unas reglas antes de empezar a construir nada.

Zofia dejó el bolígrafo.

—Jan tiene razón. Yo tengo que comunicar la rescisión de mi alquiler actual con suficiente antelación. No puedo trasladar el horno a un lugar donde después resulte que la instalación eléctrica todavía no está preparada.

Sentí que mi presentación, cuidadosamente elaborada, empezaba a tambalearse.

—No estoy proponiendo que nadie se traslade a un local sin terminar —aclaré—. La fecha es un objetivo organizativo, no una obligación.

—Entonces dejemos por escrito qué tiene que ocurrir para que ese objetivo sea realista —dijo Jan.

No levantó la voz. Tampoco intentó ridiculizarme. Aun así, tuve ganas de recordarle que había sido yo quien había pasado los últimos cuatro meses negociando con el propietario del edificio, preparando el concepto y buscando financiación para la reforma.

—Podemos hablar de esto después de la presentación —propuse.

—Podemos. Pero todos deberían saber a qué se están comprometiendo.

Michał asintió. Natalia me dirigió una sonrisa de disculpa. Comprendí que, si insistía en volver a las diapositivas, perdería algo mucho más importante que el control de la reunión.

Apagué el proyector.

—De acuerdo. Hablemos de las condiciones.

Durante la siguiente hora recopilamos requisitos que hasta entonces yo había considerado simples detalles de ejecución. Necesitábamos inspecciones eléctricas independientes, establecer quién sería responsable de la ventilación, definir las normas de acceso al almacén y obtener una confirmación por escrito de qué equipos podrían ponerse en funcionamiento antes de terminar la reforma. Zosia no podía abandonar demasiado pronto su taller actual. Paweł necesitaba tiempo para trasladar la maquinaria pesada. Lena podía empezar a trabajar en su

mesa de joyería antes de que estuviera terminada la galería compartida.

Escuchaba, tomaba notas y poco a poco descubrí que mi proyecto no se estaba desmoronando en absoluto. Estaba transformándose de la visión de una sola persona en un espacio que otras seis personas podrían utilizar de verdad.

Fue un descubrimiento incómodo.

Cuando los participantes salieron a inspeccionar la zona trasera, Jan permaneció junto a la mesa. Deslizaba un dedo por el calendario impreso y se detenía en las distintas fechas.

—Podrías haberme avisado de que pensabas cuestionar la fecha delante de todos —dije.

Levantó la cabeza.

—No pretendía cuestionarla. Quería saber con qué criterios se había establecido.

—Sabes perfectamente cuál ha sido el resultado.

—Sé que ahora tenemos a seis personas que no van a tomar decisiones basándose en cosas que nadie ha explicado claramente.

—Y yo tengo por delante una semana más de trabajo.

Dejó la hoja sobre la mesa.

—Puedo encargarme de una parte.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Aparté la silla y me acerqué a la ventana. Un tranvía pasó al otro lado del cristal y el asfalto mojado reflejó las luces de los coches. Durante un momento me pregunté cuánto podía

contarle a un hombre al que había conocido apenas un día antes.

—Se trata de que este proyecto es mío —respondí por fin—. No en el sentido de que sea propietaria del edificio. Es mi idea, mi responsabilidad y mi reputación. Durante meses he escuchado que no funcionaría, que el lugar era demasiado complicado y que debería dedicarme a algo más seguro. Ahora que por fin empieza a tomar forma, no quiero que alguien venga y se haga cargo de todo.

Jan guardó silencio unos instantes.

—No quiero hacerme cargo de todo.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Que permitas a la gente decir lo que necesita antes de prometerle una solución terminada.

No fue solo el contenido de su respuesta lo que me sorprendió. Por primera vez me había hablado de tú, como si nuestra conversación hubiera entrado en un territorio donde las fórmulas de cortesía ya no tenían sentido.

—Es fácil decirlo desde tu posición —repliqué—. Tú no eres responsable del conjunto.

—Pero sí soy responsable de mi parte. Si planifico mal el taller, no podré cumplir los encargos. Tengo clientes, personas que colaboran conmigo en proyectos grandes y compromisos que no puedo aplazar con una simple llamada.

—Lo entiendo.

—No estoy tan seguro.

Lo miré con dureza.

—Ten cuidado.

No apartó la mirada.

—Kamila, no estoy cuestionando tu trabajo. Precisamente por eso quiero que este proyecto sobreviva a su primera semana difícil y no se limite a quedar bonito el día de la inauguración.

La respuesta que había preparado me pareció repentinamente infantil.

En lugar de pronunciarla, cogí un lápiz.

—¿Qué solución propones?

Jan se acercó a la mesa y extendió una hoja junto a mi plano. No movió mis documentos sin preguntar. Señaló tres etapas: preparación del espacio, puesta en funcionamiento de los puestos de trabajo y, solo después, inauguración de la galería. Cada una tendría su propia fecha y unas condiciones concretas para considerarla terminada.

—Quieres retrasar la inauguración un mes —observé.

—Quiero evitar que anunciemos una fecha y después tengamos que fingir que todo está preparado.

—Tengo compromisos con el propietario.

—¿Cuáles?

Le expliqué las condiciones del contrato. Durante los tres primeros meses el alquiler era reducido, pero a partir de febrero aumentaría. Cada retraso suponía tener que cubrir los gastos sin contar todavía con los ingresos de la galería y los talleres.

Jan no respondió inmediatamente. Cogió una calculadora y empezó a comparar los gastos.

—Si ponemos en marcha algunos puestos antes, los artesanos podrán trabajar aunque la galería todavía no esté terminada —dijo después de unos minutos.

—¿Y la inauguración?

—Podemos organizarla en dos etapas. Primero, una apertura para los clientes de los artesanos. Después, un evento público.

Me incliné sobre la hoja. La idea era práctica, pero le faltaba algo que constituía la esencia de mi proyecto.

—No quiero que la galería se convierta en un complemento del que nos ocuparemos cuando tengamos tiempo.

—Entonces fijemos una fecha que no pueda modificarse sin una decisión conjunta.

—Y un presupuesto que no pueda desviarse hacia los talleres.

Asintió.

—De acuerdo.

Durante la siguiente media hora modificamos el calendario. Con cada nuevo acuerdo, la tensión entre nosotros cambiaba de naturaleza. Seguíamos discutiendo, pero habíamos dejado de interpretar cada diferencia de opinión como un intento de imponernos al otro.

Jan resultó ser paciente con los aspectos técnicos e implacable con las generalidades. Cuando yo decía que algo «debería funcionar», me preguntaba qué quería decir exactamente. Cuando él afirmaba que «así sería más seguro», yo exigía una justificación concreta.

En un momento dado, nuestras manos se encontraron sobre el mismo lápiz. Los dos las retiramos casi al mismo tiempo.

—Adelante —dijo, acercándome el lápiz.

—Qué elegante concesión.

—No te acostumbres.

Sonreí antes de poder evitarlo.

Cuando regresaron los demás, presentamos nuestra propuesta conjunta. Cada uno recibió sus tareas y la posibilidad de sugerir modificaciones hasta el viernes. Zofia respiró visiblemente aliviada y Natalia propuso encargarse de unas cortinas provisionales para separar los puestos.

Después de la reunión me quedé para ordenar los documentos. Jan cerró su caja de herramientas, pero no se marchó.

—¿Sigues enfadada conmigo? —preguntó.

—Todavía lo estoy valorando.

—¿Tienes una fecha límite para decidirlo?

—A diferencia de ti, no necesito un calendario para todo.

Se apoyó en la mesa.

—Menos mal. Ya empezaba a preocuparme.

Lo observé con más atención. Tenía treinta y nueve años, según la documentación de los participantes del proyecto, y había algo en su rostro que no conseguía definir. No parecía un hombre al que la vida hubiera ahorrado decepciones. Sin embargo, su sonrisa no tenía nada de cínica.

—¿Por qué decidiste participar en este taller compartido? —pregunté.

—Porque quiero tener un lugar del que no tenga que marcharme cada dos años.

—¿Has tenido que trasladar tu taller?

—Tres veces en siete años. Alquileres que subían, propietarios que cambiaban, edificios que se vendían. Cada vez tenía que desmontar todo lo que había construido.

Miró la viga situada bajo la ventana.

—Me gustaría hacer algo, por fin, pensando en más de una temporada.

Su respuesta fue tranquila, pero no sonó como un dato sin importancia.

—Y a mí me gustaría construir un lugar que no me encierre en una sola forma de vivir —dije.

Me miró con interés.

—Creo que esa será la parte más difícil de nuestro proyecto.

—¿Por qué?

—Porque yo siempre empiezo por los cimientos y tú por las puertas abiertas.

Me reí suavemente.

—Quizá una cosa no excluya la otra.

—Quizá.

Durante unos instantes permanecimos frente a frente, a ambos lados de una mesa cubierta de tachaduras. Ya no había nada urgente que resolver y, sin embargo, ninguno de los dos buscaba su chaqueta.

—¿Kamila?

—¿Sí?

—La próxima vez te avisaré antes si quiero cambiar el rumbo de una reunión.

Acepté aquella promesa con un movimiento de cabeza.

—Y yo intentaré no interpretar cada observación tuya como un ataque a mi competencia profesional.

—Un plan ambicioso.

—No estropees el momento.

Sonrió, pero esta vez no respondió con una broma. Me miró con tanta atención que tuve que bajar los ojos hacia los planos.

Cuando finalmente se marchó, descubrí que había dejado su número de teléfono y un breve mensaje en el reverso de una de las hojas impresas.

Si cambias algo del calendario, llámame. Si te apetece discutir, también puedes hacerlo.

Lo leí dos veces.

Después guardé su número, aunque ya tenía su contacto profesional en la documentación del proyecto.

Esta vez quería tener una razón para llamarlo por voluntad propia.

Capítulo 2 - La distancia entre dos sillas

El viernes, a las siete de la tarde, Jan me envió una fotografía de una mesa de madera.

No era especialmente llamativa. Tenía un tablero rectangular de fresno claro, cuatro patas robustas y una pequeña decoloración cerca de uno de los bordes. En la fotografía aparecía en una habitación casi vacía, donde apenas se veían una ventana y un fragmento de suelo oscuro.

Debajo de la imagen había un mensaje.

He encontrado una solución para la zona común del taller. Puedes venir a ver la mesa; no tienes que comprarla a ciegas. Mañana puedo enseñarte cómo está construida.

Le respondí que, si pretendía convencerme de aceptar otro mueble pesado, más le valía preparar argumentos muy buenos.

Prepararé café. Los argumentos ya los tengo.

Sonreí mirando el teléfono, después lo dejé sobre el escritorio y volví a corregir el presupuesto. Durante tres días habíamos trabajado por separado en los acuerdos alcanzados durante la reunión. Jan había enviado una lista de requisitos técnicos y yo había preparado una nueva distribución de los puestos y una propuesta para la apertura por etapas. No habíamos hablado de nada personal, aunque varias veces me había sorprendido buscando su nombre entre las notificaciones.

A la mañana siguiente conduje hasta la dirección que me había indicado, en Stare Polesie. El taller estaba en el patio interior de un edificio de viviendas, detrás de un pesado

portón que daba acceso a un largo pasaje. En la pared colgaba una pequeña placa con el apellido de Jan y el horario de apertura.

La puerta estaba entreabierta.

Dentro olía a madera, aceite y café recién molido. A la izquierda había máquinas cuyos nombres desconocía; a la derecha, hileras de tablones cuidadosamente ordenados. Junto a la pared del fondo había una mesa pequeña con dos tazas de cerámica.

Jan estaba trabajando junto a un tornillo de banco. Cuando me vio, dejó la herramienta y se quitó las gafas de protección.

—Puntual —observó.

—¿Sorprendido?

—Más bien satisfecho.

Llevaba una camiseta gris y unos pantalones de trabajo oscuros. Sin la chaqueta parecía diferente, más relajado. Observé una pequeña cicatriz en su antebrazo y la manera en que se arreglaba instintivamente la manga antes de ofrecerme una taza.

—Sin azúcar —dijo—. Si me he equivocado, tienes en la estantería.

—Has acertado.

—Primer éxito del día.

El café estaba fuerte y caliente. Recorrí el taller con la mirada, intentando no mostrar demasiado interés por su propietario. En realidad, todo decía algo sobre Jan. Las herramientas tenían sus lugares asignados, pero sobre la mesa había proyectos a medio terminar. En un cajón